

Revoluciones inconclusas en la América Latina

ORLANDO FALS BORDA

La muerte del comandante Ernesto Guevara en noviembre de 1967 produjo, por razones obvias, una de esas pausas que son tan convenientes para reflexionar y sopesar alternativas. Su muerte fue el clímax de un tipo de esfuerzo revolucionario que ha sido defendido por grupos activistas de toda la región como medio principal para alcanzar cambios socioeconómicos profundos en la América Latina. Una vez pasada esa penosa crisis, sigue ahora el anticlímax de la indagación tediosa, y de la cuidadosa reorganización y recuperación de los grupos que quieren mantener la presión sobre el *status quo*. Nuevos héroes, nuevas utopías, nuevos rumbos de rebeldía probablemente harán su aparición, porque los problemas básicos de la sociedad latinoamericana persisten e invitan al pensamiento y la acción iconoclastas. Los activistas seguramente iniciarán otro ciclo de lucha, abriendo una nueva etapa en que las tradicionales instituciones serán subvertidas con mayor decisión.

La posibilidad de iniciar otro ciclo de subversión plantea el interrogante de su eficacia, porque los esfuerzos subversivos anteriores, aunque significativos, no han sido del todo satisfactorios. El temple de la sociedad que está fraguándose hoy en el continente no parece realizar los sueños de los intelectuales, profetas, visionarios y líderes políticos que han luchado por el cambio. Por eso surge una sensación de perplejidad acompañada de una ansiedad agnóstica. ¿Será que el esfuerzo revolucionario en ciernes pueda terminar en otro punto muerto, como el que se experimenta en el presente? ¿O podrá esperarse que el renovado impulso hacia la transformación social dé al fin una respuesta clara a la larga y atormentada búsqueda de la razón de ser de la América Latina?

Quizás estemos frente a un problema insoluble, como puede apreciarse al estudiar la historia de las naciones más antiguas. Sin embargo, hay aquí también un dilema ontológico, especialmente cuando los latino-

americanos nos hacemos periódicamente las preguntas obvias: “¿Qué somos?” “¿A dónde vamos?”, preguntas que preocuparon a Esteban Echevarría no menos que a Benjamin Constant, y que permanecen vivas en el pensamiento latinoamericano.

Pero tal angustia espiritual e ideológica no debería estar siempre presente entre nosotros. Tiene que haber un momento decisivo de la historia en que las perplejidades desaparezcan. Por ejemplo, no parece que hubieran existido durante el periodo de la conquista española y portuguesa, excepto en los aspectos menos trascendentales de los instrumentos empleados para llevarla a cabo. En esa época los grupos sociales y económicos claves estaban animados por utopías, intentando crear un Nuevo Mundo o una sociedad superior a la europea. Los experimentos sociales de los dominicos y los jesuitas, de Las Casas y de Vasco de Quiroga, aunque sin éxito al final, mostraron el calibre y la determinación del compromiso ideológico de la época. No existía entonces la angustia del ser; por el contrario, aparecía una atrevida afirmación, un enfoque valiente, una concepción del mundo sin precedentes, actitudes que se usaron para fundir las civilizaciones americanas en el nuevo crisol del imperio. La síntesis resultante persistió como una forma de vida por varios siglos, después de haber logrado la primera revolución social completa de América, aquella impuesta por la subversión señorial y cristiana de la sociedad indígena.¹

¿Podrá deducirse algo de esa extraordinaria subversión del siglo dieciséis que sea de utilidad para la disyuntiva del presente? Es posible. El análisis sociológico de los mecanismos empleados para lograr el cambio y mantener por generaciones la dirección de ese cambio con el fin de satisfacer sueños utópicos e intereses ideológicos, indica que esos mecanismos aparecieron también en periodos históricos subsiguientes, especialmente después de haberse logrado la independencia de España.²

Pero la *dirección* que tomó el cambio en el siglo XIX y la *calidad* de sus transformaciones, no parecieron solucionar los problemas de la sociedad, especialmente aquellos que tenían que ver con la movilización activa y la más amplia participación de las masas marginales: no se rindió sino homenaje verbal y legal a esos ideales. Surgieron nuevos grupos dominantes, es cierto, algunos de los cuales tuvieron un grande impacto sobre la sociedad. Pero al final dejaron su tarea inconclusa, dejando a las subsiguientes generaciones el reto de la renovación social profunda. Por eso el dilema ontológico persiste hasta el presente. Según muchos observadores, no tenemos todavía un orden social plenamente satisfactorio como un acto propio de creación, que nos dé la capacidad de afirmarnos como región autónoma ante el mundo y que nos permita

aliviar los problemas de tensión estructural interna que experimentamos.³

Sin embargo, el esfuerzo de algunos grupos claves anteriores que trataron de responder al reto de los tiempos sí transformó la América Latina, lentamente al principio, con rapidez creciente en las últimas décadas. No puede negarse este cambio: a los ojos de los primeros participantes del proceso parece como si ahora se viviera en un mundo diferente. Existen razones para creer que los elementos conservadores de la sociedad, ahora cada vez más inmersos en la corriente inevitable del cambio, estén dando brazadas de ahogado, aunque en ocasiones sobreagüen y ganen escaramuzas importantes. La caja de Pandora ha sido abierta y ni los más hercúleos esfuerzos podrán volver a someter a las furias escapadas; pero allí también queda la esperanza. Por eso las más recientes voces académicas, desesperadas por la reaparición del conservatismo y de los mecanismos de restricción en América (representadas por la mayoría de las contribuciones a los volúmenes publicados por Claudio Veliz —*Obstacles to Change* y *The Politics of Conformity*— y por Lipset y Solari, *Elites in Latin America*)⁴ no tienen sino una vigencia relativa. He aquí un problema de perspectiva. La presente pausa parece ser un compás que se abre temporalmente dentro de una larga lucha en que los grupos tradicionales acorralados están recurriendo a toda clase de maniobras para poder sobrevivir. El reto es real: la subversión socialista, la Revolución Cubana, la diáspora de los grupos rebeldes dentro del área, respiran y se agitan. Sólo que las bases para la perenne confrontación entre la tradición y la innovación han sido modificadas y llevadas a un nuevo plano. No es difícil ver cómo las tendencias históricas están inclinando la balanza hacia la innovación.

Pero ¿qué *clase* de mundo se construye hoy día en la región? Retornan aquí la perplejidad y la duda. No hay ninguna seguridad de que la última innovación sea de una naturaleza tal que impida la evolución gradual y el cambio marginal,⁵ para que brinde más bien una transformación total. Puede que no se responda aún a aquella importante pregunta, “¿Qué es la América Latina?” Aparecería un eslabón más en la ya larga cadena de revoluciones inconclusas de este hemisferio. Desgraciadamente los hechos que se discuten a continuación justifican este temor elemental.

Ya que no es posible negar la intensidad del cambio socioeconómico ocurrido en el inmediato pasado, los hechos de la pobre calidad y de la dirección errática de ese cambio demuestran la forma insatisfactoria como los grupos dominantes han explotado los mecanismos sociales. Aun tomando en cuenta las condiciones generales estructurales y demográficas —que con frecuencia no ayudan al proceso y aun reducen el alcance

de la acción directiva—, hay campo para pensar que algo ha andado mal con las políticas empleadas hasta ahora por los grupos claves de la América Latina. Quizás se han puesto falsas esperanzas en procesos sociales que a corto plazo están probando ser más bien disolventes de revoluciones. O probablemente existe un destino ominoso que debilita la voluntad de los líderes iconoclastas, haciéndoles traicionar sus ideales y dejándoles listos para ser asimilados por el “sistema”.

Parece adecuado, entonces, tomar ventaja del actual paréntesis histórico, que tanto induce a la meditación, con el fin de examinar algunos de los factores de cambio social en la América Latina que han llevado a la sociedad local a su presente etapa, una etapa que podría ser designada como de “desarrollo sin rumbos”. De esta discusión tengo que excluir a Cuba, no porque no merezca consideración, sino porque precisamente a la luz de las circunstancias actuales, y en vista de la experimentación que allí se adelanta con “incentivos morales”, y con la visión de un “hombre nuevo”, es hoy la única excepción a la regla del cambio marginal. Como tal merece un tratamiento aparte.

Por supuesto, es difícil determinar científicamente cuál es la calidad del cambio y cuál la dirección que toma o debe tomar de acuerdo con los fines. Estos problemas implican valores sociales. Por lo tanto, los valores deben ser tenidos en cuenta por el científico como parte de la ecuación investigativa, los suyos propios así como los de la sociedad que observa.⁶ Los valores deben hacerse explícitos, pues de otro modo sería posible que bajo el disfraz de “la objetividad científica” se oculte un fraude a la verdad. Así, una discusión franca de los problemas de la América Latina, especialmente de aquéllos que han dado lugar a revoluciones, no puede escapar a una evaluación. Tengo, pues, que proceder en esta forma para el presente ensayo, aún más si quiero indagar a fondo sobre aquel eterno interrogante ontológico con el cual empecé.

Comencemos, entonces, a examinar algunas tendencias de los principales procesos sociales, siguiendo con algunas opiniones sobre diversas políticas, para terminar con una rápida revisión de los factores grupales y de personalidad que inciden en los vaivenes del cambio social.

Frustración de los procesos sociales

Para muchos observadores, el proceso de *urbanización* constituye en sí mismo una revolución. Se supone que el traslado del campo a la ciudad tiene algún efecto mágico sobre los inmigrantes, que les hace despojar de su herencia cultural, por lo menos parcialmente, y convertirlos en un nuevo tipo de hombre moderno. Esto en realidad puede ocurrir, y los efectos pertinentes son mensurables. Pero hasta ahora el nuevo

elemento urbano no ha demostrado ser muy revolucionario; por el contrario, ha tenido la tendencia a duplicar en la ciudad sus anteriores lazos emotivos y los patrones sociales con que siempre se había familiarizado.⁷

Ahora que estos hechos se están esclareciendo, sus efectos no deberían sorprender mucho. El traslado masivo a la ciudad puede haber sido un movimiento profundamente conservador, una especie de válvula de escape a las tensiones internas del campesinado. Generalmente los mejores hombres y los de mayor ambición han sido los que emigran a las áreas urbanas. Pero si entre ellos había rebeldes, en las ciudades han encontrado sus Dalilas listas a recortarles los cabellos de su inconformidad. ¡Cuántos Emilianos Zapatas no se habrán perdido en este proceso de sutil asimilación al orden establecido, que de haber permanecido en el campo se hubieran alzado contra el *status quo* con mucha decisión! Conviene recordar también que las revoluciones populares más importantes del presente siglo en la América Latina se originaron y pelearon en la aldea, no en la ciudad; y que los movimientos populistas (de los que en general se oye hablar más) han resultado ser aventuras superficiales y relativamente cortas, con frecuencia derivadas hacia el neofascismo.

Parecería que los inmigrantes de la ciudad hubieran sido sometidos a un cambio gradual que les permitiese moverse apenas un poco en la escala social, pero no lo suficiente como para retar la estructura de clase.⁸ Se han constituido sectores medios que se muestran indecisos entre estar por la revolución o contra ella; pero en su mayoría han logrado olfatear con realismo las ventajas de la acomodación social. Este cambio gradual y reducido es satisfactorio para los inmigrantes y otros escaladores de la sociedad, porque les proporciona beneficios comparativamente superiores a las casi inhumanas condiciones en que vivían con anterioridad. Sin embargo, al ampliarse la perspectiva de estas gentes, el ángulo de visión no se abre para mirar hacia arriba, hacia la oligarquía (excepto para imitarla) sino más bien hacia abajo, al lugar de donde han provenido. Entonces sienten que han recorrido una gran distancia en su mejoramiento propio (lo cual puede ser cierto en parte) cuando en realidad quedan sujetos a un nuevo fatalismo: el de caer en la cuenta de que en su vida actual casi no podrán continuar progresando. Se resignan entonces a su suerte, se abstienen de usar el potencial para el desarrollo que habían almacenado, y se convierten en clásicos elementos conservadores. Esta tendencia recibe el estímulo de las instituciones tradicionales, a veces en forma tan encubierta que ni aun los observadores más avezados logran barruntar lo que va ocurriendo. Entonces, en un momento de crisis, como durante la caída del presidente Goulart del Brasil en 1964, los sorprendidos observadores que habían

pronosticado una total revolución hacia la izquierda, quedan cortos de palabra ante la conducta inesperada de las mujeres de clase media saliendo a las calles de Río y de São Paulo a luchar “por Cristo y la familia.”⁹

Pero si la búsqueda de mejores condiciones de trabajo y de vida en la ciudad ha tenido estos resultados tan ambiguos, ello no significa que vaya a seguir indefinidamente como escape conservatizante. Un determinado tipo de cambio social ha estado al alcance de las grandes masas y esto contiene factores autónomos que aceleran el proceso. El hecho del crecimiento urbano, añadido a la “explosión demográfica”, puede suministrar un gran potencial para la revuelta, especialmente cuando las industrias locales son incapaces de proveer el pleno empleo para los inmigrantes.¹⁰ En ese instante, el proceso de urbanización se vuelve elemento básico de inestabilidad social, y con la inestabilidad vuelve a surgir el problema de la calidad y la dirección del cambio. Probablemente existe ya una bomba política de tiempo en las ciudades. La decisión de cómo utilizar en la mejor forma esa fabulosa energía social acumulada bien puede ofrecer un momento crucial —y estelar— para el desarrollo de la América Latina. Pero sólo hasta ahí puede llegar la predicción.

La *industrialización* y la *difusión tecnológica* son otras panaceas dinámicas con resultados ambiguos. No hace mucho tiempo que los grupos dominantes de la América Latina adoptaron “el desarrollo hacia dentro” como medio para alcanzar el “punto de despegue” (*take off*) de Rostow. Hubo grandes esperanzas en la difusión de actitudes racionales y de valores técnicos y científicos entre la población. Muchos trabajadores agrícolas y de otros sectores de la economía fueron trasladados a esa tentadora área de la inventiva humana, para que recibieran las bendiciones de la industria y de la tecnología. Así sucedió, en efecto; pero sólo en parte y hasta cierto punto se recibieron aquellos beneficios. No parecen haber producido ni la clase y ni la calidad del cambio que se esperaba.¹¹

Por una parte, los procesos en estudio estimularon la formación de una “aristocracia sindical” cuyos privilegiados miembros tendían a ser instrumentos o peones de la élite industrial. Sus sindicatos podían ser fuertes, como en los casos de Bolivia y el Brasil; pero no persistían en sus luchas revolucionarias, o se volvían cismáticos, como en la Argentina. Han preferido sacrificar la ideología a cambio del confort mundano, por lo que se les ha tornado natural cobijarse bajo el manto paternalista de los patronos industriales para no asumir ante ellos una posición independiente.¹² Los miembros de esta privilegiada clase trabajadora industrial pueden interpretar la llegada tumultuosa de sus parientes marginales como una amenaza, y en consecuencia se unen a los grupos

dominantes con el fin de mantener firme la estructura social que ven peligrar. Estos trabajadores acomodados (y los de la clase media) descubren otras avenidas menos peligrosas para el escalamiento social, como el proyectar sus aspiraciones a través de una participación “vicaria”, delegada en terceros. Ésta es una de las funciones latentes de los eventos deportivos y de los éxitos de los atletas nacionales, la mayoría de los cuales son de las clases populares. Una vez colocados en ese conveniente rincón de escape psicológico, ya no constituyen los trabajadores una amenaza para el “sistema”, como los ideólogos del “*panem et circenses*” de todas las edades bien lo saben.

Por otra parte, la rápida acumulación de la riqueza hecha posible por la industrialización ha ampliado las distancias entre las clases sociales. Esto ha estimulado la formación de una oligarquía modernizante con fuertes vínculos a las nuevas condiciones que ayudó a crear.¹³ No es difícil hacer esta síntesis entre lo viejo y lo nuevo, porque el grupo industrial en realidad surge en gran medida de la tradicional aristocracia terrateniente. Los intereses de estos grupos aparentemente encontrados se combinan en forma poco usual, pero muy efectiva, como puede apreciarse en Colombia y en el Perú.¹⁴ Este tipo de hombre industrial con paternalismo a la antigua ha resultado ser uno de los más importantes elementos para impedir el auge de los movimientos revolucionarios y para imponer una conversión a la derecha, porque la oligarquía industrial con latifundios instintivamente se vuelve conservadora en los momentos de crisis. El caso de la Revolución Mexicana es una ilustración clara del fenómeno. Los terratenientes expropiados (que lograron mantener algún interés en la tierra) acudieron a la industria como una inversión natural, y al hacerlo así mantuvieron su distancia social. Y lo lograron hasta el punto de desvirtuar los fines más atrevidamente humanizantes del conflicto épico de 1910.¹⁵ En la actualidad, esa privilegiada élite industrial, no sólo en México sino en otros países, está tratando de llevar la industria a la automatización, sin tomar en cuenta sus efectos sobre el desempleo ya rampante, ampliando así la distancia con las clases trabajadoras y creando condiciones más controlables para su unilateral dominio. Esto es parte de la tragedia moral de la revolución industrial de la América Latina: que haya sido capaz de producir dinámicos y eficientes capitanes de industria —aún con sus actitudes paternalistas tradicionales—, pero hombres que, por regla general, son indiferentes a la suerte de sus trabajadores y al bienestar de la masa de la población. Los salarios permanecen bajos mientras crecen las ganancias, y no se crean mercados más amplios y democráticos de consumo. El hombre industrial, por lo tanto, ha fallado. Ha sido incapaz de ade-

lantar la clase de transformación socioeconómica total que sería más productiva en la región. Más aún, está resultando ser un lastre moral.

Más recientemente, otro proceso potencialmente revolucionario ha hecho una aparición conspicua en el área: la *integración regional*. Sueño venerable de Bolívar, está hoy de moda y se han dado pasos importantes en este sentido. Pero lo más avanzado de este asunto no es la integración de los sectores estratégicos de la economía y el comercio como podría esperarse, sino la de las fuerzas militares del hemisferio.

Esto hubiera sido una buena noticia en otros tiempos y bajo condiciones históricas diferentes, cuando los ejércitos eran factores positivos para inducir el cambio significativo.¹⁶ Ha habido generales latinoamericanos reformadores y revolucionarios, aún antes de que Atatürk y Nasser hicieran su irrupción en el Viejo Mundo. Pero ahora es cosa sabida que los ejércitos, en la mayoría de los países, se han convertido en soporte de regímenes reaccionarios. Esto proviene principalmente del aburguesamiento y la tecnificación del cuerpo de oficiales. Pero también se estimula por fuerzas externas comprometidas en la política mundial. Los ejércitos latinoamericanos han sido guiados ideológica y técnicamente en su lucha contra la "subversión" por el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, constituyendo un poderoso organismo, el Consejo Interamericano de Defensa, para coordinar su acción.¹⁷ Se ha acreditado a esta institución el sofocamiento de la revolución guatemalteca, la frustración de los movimientos izquierdistas del Brasil y de la República Dominicana, y la contención de las guerrillas peruanas, colombianas y venezolanas.

En esta forma, el movimiento hacia la integración regional que es tan estratégicamente importante y que podría desatar tantas nuevas energías, se ha convertido en factor contrarrevolucionario, incluyendo un elemento de dependencia internacional hacia los Estados Unidos de América. Claro que esta dependencia (en su sentido más amplio) no es nada nuevo, ya que ha ido por turnos de España o Portugal a Inglaterra, Francia y Alemania. Pero si la calidad del cambio que se busca en Latinoamérica debe reflejar la idiosincracia de nuestras gentes, entonces debería incluir elementos de independencia y autoafirmación. Si la integración significa colocar a la América Latina al servicio de los poderes mundiales dentro del marco de la guerra fría, ella llevaría la semilla de su propia frustración. No sería sino una entrega imprudente.

En cuanto a la integración en otros campos, ojalá no llegara a ser la suma total de las instituciones nacionales con sus peculiares filosofías descritas en las páginas anteriores. Todavía es demasiado pronto para juzgar. Por supuesto, la integración puede llevar a articular una adecuada posición latinoamericana en el mundo.¹⁸ Si esto se hace, es decir,

si se debilita la condición de dependencia de los poderes mundiales y se logra de ellos el respeto debido a la determinación local, se habrá dado un paso significativo en la región que podría ser de carácter revolucionario.

Fallas en campañas socioeconómicas

Desde cuando los principios de John Locke sobre la propiedad y la democracia fueron incorporados en el siglo XIX a la mayoría de las constituciones latinoamericanas, el mito de la división de la tierra ha sido una preocupación tanto de los gobernantes como de los gobernados. El propósito era crear el mayor número posible de terratenientes particulares como un paso hacia las instituciones republicanas funcionales. De acuerdo con esta idea se subdividieron muchos ejidos y resguardos indígenas, y las parcelas resultantes se concedieron en dominio absoluto a sus ocupantes. Esto hubiera podido ser el origen de una profunda transformación social. Sin embargo, se convirtió en otra revolución inconclusa. Los nuevos dueños, la mayoría de ellos minifundistas e ignorantes, pronto malvendieron sus pequeñas propiedades a la tradicional aristocracia terrateniente, quedando en esa forma convertidos otra vez en siervos. El nivel de vida de la población rural no ascendió.¹⁹

Pero las élites dominantes aprendieron muy bien las lecciones contradictorias que surgieron de esa revolución ambigua. El mito del labrador independiente, del pequeño propietario y de la parcela de tamaño familiar como esquemas revolucionarios en ciernes, ha llegado hasta nosotros en la atractiva y bien dotada moda de las *reformas agrarias*; pero principalmente (o así parece) como elemento de distracción para impedir cambios más profundos. La mayoría de las leyes de reforma agraria aprobadas en la América Latina desde que se inició la Alianza para el Progreso buscan crear más propietarios y ciudadanos que participen de la democracia. Esto es parte integral de la transformación socioeconómica de la región. Y, en verdad, se ha alcanzado un cierto tipo de transformación; pero al verla dentro de la perspectiva histórica, no parece ser verdaderamente significativa, por lo menos en lo que se refiere a dar a las masas campesinas una participación más amplia, más determinante y más definitiva en la sociedad. Al contrario, por medio de los esquemas agrarios mencionados se ha acallado la justificada inquietud aldeana y se han deprimido las aspiraciones crecientes de la ruralía. Esta clase de medidas de reforma agraria se ha extendido como una capa de aceite sobre las aguas agitadas del campesinado que ha venido declarando su rebeldía por la justicia.²⁰

El mecanismo restrictivo que permite esta maniobra de distracción,

como se sugiere anteriormente, es la subdivisión de grandes propiedades con la creación de los minifundios antieconómicos y las llamadas parcelas de tamaño familiar. Tienen un corolario: los proyectos de colonización. Esto puede constatarse en el Brasil, Colombia, Guatemala, la Argentina, Perú, Ecuador y Chile, sitios de pertinentes estudios.²¹ En México, donde la revolución fue agraria, los ejidatarios se contentaron con pequeñas parcelas de cultivo, porque la tierra todavía era para ellos el más alto valor social. No había muchas otras cosas que pudieran desear y sus descendientes también han tenido la tendencia a aferrarse a la tierra. El resultado ha sido la formación de un proletariado rural empobrecido. Es fácil ver cómo la actitud de esas gentes ha sido intrínsecamente conservadora. Por eso también se entiende cómo la Revolución Mexicana ha venido deteniendo el primer impulso revolucionario y frustrando su inicial promesa.

Sin embargo, estos resultados aparentemente imprevistos se hubieran podido anticipar. En efecto, es raro encontrar minifundistas y colonos que a la vez sean revolucionarios o prontos a adoptar una mentalidad ideológica que abra las puertas a la innovación. En México mismo, los primeros pasos serios de la contrarrevolución se dieron por el grupo de pequeños propietarios de Jalisco que habían sido empujados a la guerra de los Cristeros.²² En forma semejante, el dar pequeñas parcelas a nombre de la reforma agraria en los otros países y el colonizar la lejana selva han sido esquemas “tranquilizadores” que convierten las zonas potencialmente peligrosas en sectores de respetables ciudadanos, pasivos a la subversión. Quizás esto sea a la corta una realización positiva; pero se torna inaceptable cuando se convierte en un fin y no deja proseguir los movimientos renovantes. Aun en Bolivia, tan cerca todavía como está del impacto de 1952, ya empiezan a sentirse los mismos efectos frustrantes y ominosos que desvirtúan los fines originales de la revolución. Por lo tanto, parece que cuando se satisfacen las mismas inmediatas exigencias de posesión de tierras y se paralizan los procesos del cambio, la organización campesina resiste transformaciones más profundas en la sociedad.²³

Otra esperada “revolución de las expectativas” era la del *desarrollo de la comunidad*. Cuando este movimiento se introdujo por primera vez en la América Latina en la década de 1950, se anticipaban grandes cambios. Sin embargo, exceptuando su aplicación en contextos totalmente revolucionarios como los de Cuba y Bolivia, o el de México en la época de las “misiones culturales”, este movimiento ha resultado ser otro caso típico de cambio marginal, frecuentemente simulado. Ha tenido un efecto sobre la sociedad similar al engañoso de la coca en el estómago. Las campañas de desarrollo de la comunidad han resultado

ser apenas un paliativo, despojadas como están de sus elementos intrínsecamente revolucionarios. Allí han quedado ociosas, engordando del fisco, como un soporte más del *status quo*.

Los verdaderos retos al "sistema" que los iniciadores de este movimiento trataron de hacer —como en Colombia, Venezuela, y el Perú, cuando trataron de ampliar la base de la participación sociopolítica—, resbalaban fácilmente al golpear el escudo protector de las élites dominantes. Los políticos, en particular, reconocieron prontamente las posibilidades de manejo de las masas inherentes a las juntas comunales. El propósito era como el de dar caramelos a ración para ir aplacando a la gente y combatir la "subversión": una escuela aquí, un camino allá, un centro de salud acullá, de modo que hubiera una sensación de movimiento. A la larga este movimiento resultó ser algo estático, como el que simulan en el cine, pero ya en todo caso las masas habían sido algo satisfechas en lo material. Así, el desarrollo de la comunidad sirvió lo suficientemente bien como para desarmar la subversión, tarea que fue confiada a la acción cívico-militar y a equipos socio-técnicos especiales. Pero allí se detuvo el proceso del cambio: las actitudes y los valores dominantes de la gente, especialmente los relacionados con las estructuras tradicionales políticas y económicas, no cambiaron básicamente. El nuevo liderazgo elegido en las juntas (los "líderes naturales") eran despedidos si tenían tendencias radicales; o se les transformaba en agentes políticos. Las tradicionales divisiones de partido se llevaron a los procesos técnicos.²⁴

Una vez institucionalizado, el desarrollo de la comunidad se volvió respetable y pasó a ser miembro del "sistema". No fue esto un producto del azar. Hubo grupos reaccionarios, como el de la "Mano Negra" en Colombia, que trajeron del exterior "ingenieros sociales" experimentados en desmontar revoluciones en potencia, que organizaron campañas de consideración "para mantener el control del pueblo". La Iglesia Católica también trató de hacer igual con el trabajo de extensión rural y las escuelas radiofónicas. Sus fines seguramente eran distintos y se aplicaron correctivos con prudencia, especialmente durante el pontificado del Papa Juan XXIII. Sin embargo, el efecto sobre aquella campaña "revolucionaria" fue el mismo: el de la ambigua frustración de su inmenso potencial de cambio.

Factores negativos de grupo y personalidad

Este último punto subraya el papel que los grupos sociales y el liderazgo político juegan en el estímulo o en la paralización del cambio revolucionario en la América Latina. Por supuesto ello es de gran

importancia estratégica, y merece consideración porque está relacionado con nuestra principal preocupación acerca de la calidad y la dirección del cambio. La frustración de las campañas de desarrollo de la comunidad, los fracasos de las reformas agrarias, la falta de enfoque en la integración regional, las desviaciones morales en el proceso de industrialización y la esterilidad ideológica de la inmigración rural-urbana pueden estar relacionadas, en una u otra forma, con el modo como los grupos estratégicos y algunos líderes nacionales han reaccionado ante las situaciones en las que se han encontrado. Desafortunadamente las medidas de éstos no han producido sino un desarrollo sin rumbos.

El primer grupo que debe ser mencionado es el de los *intelectuales*, incluyendo entre ellos al *profesorado* y a los *estudiantes universitarios*. Su historia, con algunas excepciones honrosas, ha sido una de imitación de contrapartes de Europa y los Estados Unidos, de donde proviene la tradición cultural. Una xenofilia exagerada ha subrayado la investigación, los escritos y el entrenamiento de este grupo, con el consecuente colonialismo intelectual. Casi no se han hecho esfuerzos serios y sostenidos para formar escuelas propias que, además de mantenerse al día con los avances universales, estimulen la creación independiente. Con notables excepciones en la medicina y en la física, las universidades latinoamericanas no han puesto las bases de una secuencia tecnológica propia, una derivada de los trópicos y subtropicos y sus gentes, y diseñada para ellas. Un esfuerzo tal es de importancia crucial en cualquier revolución o en cualquier modificación profunda de la sociedad.²⁵ Pero en la América Latina no está ni siquiera en la etapa de los borradores, y muchas universidades persisten en mantener una estructura obsoleta con actitudes precientíficas. Así, los intelectuales y la élite universitaria en general han fracasado en suministrar una ideología y una técnica apropiadas para el desarrollo latinoamericano, suficientemente coherentes como para comenzar a resolver lo que aquí he denominado la cuestión ontológica.²⁶

No debe pensarse, sin embargo, que este grupo no haya tenido actitudes belicosas ni producido escritos tremebundos. A veces también resaltan sus gestos de dignidad, como ocurrió durante los recientes golpes militares del Brasil y la Argentina. Pero, más frecuentemente abortan un conjunto confuso de afirmaciones incongruentes. Ciertamente la más furiosa literatura contra el *statu quo* y la injusticia reinante en la estructura social latinoamericana ha provenido de este grupo iconoclasta, desde la mitad del siglo XIX. Pero este iconoclasmo —que con frecuencia no ha sido más que un culto verbal a la revolución— tiende a ser esporádico y de corta duración. Esto se constata, en especial, en muchos estudiantes universitarios que deben anticipar su asimilación

a la sociedad una vez que llegan a los últimos años de estudio.²⁷ Es impresionante ver cómo estos estudiantes se alejan de la masa general de la población o de la gente del común. En muchos países se resienten cuando ven a los voluntarios del Cuerpo de Paz en las pequeñas aldeas o en los barrios pobres trabajando y participando de la vida de los campesinos y de los trabajadores; y, sin embargo, muchos estudiantes latinos no quieren hacer lo mismo por temor a las inconveniencias y a hacer trabajos que a su parecer son denigrantes. Pocos puentes honestos se construyen para acercarlos a los campesinos y a los trabajadores; no se hacen esfuerzos de consideración para hablar el idioma de éstos o comprender y apreciar la cultura popular. Lo que generalmente pasa, en verdad, es que los intelectuales, los profesores y los estudiantes de este tipo olvidan fácilmente su "lucha por la justicia" y la entregan, en lo que demuestran cuán arraigada ha sido su educación clasista. Tienen lo que un agudo observador ha llamado "el anclaje burgués", relacionado con su mundo privado de sumisión y con sus preocupaciones básicas de alcanzar el confort material y el decoro social.²⁸

No queda sino aceptar que pueda haber una falla básica en el proceso de socialización del latinoamericano que produzca tal tipo conformista de personalidad, aun en el más crítico de los grupos, como es el de los intelectuales. Los más articulados elementos no conformes pueden llegar a ser, al final, instrumentos de la élite tradicional o columnas de soporte del ethos conservador. Sin embargo, debe reconocerse el papel positivo que otros grupos del profesorado y el estudiantado universitarios (y los estudiantes del bachillerato) han jugado en la búsqueda de cambios fundamentales en la sociedad latinoamericana. Con frecuencia han sido éstos los únicos grupos que han ejercido presión para la transformación, aún en momentos en que era peligroso hacerlo. El idealismo de estas gentes, su honestidad básica por no estar envueltos en intereses creados, su defensa de ideales, su bien intencionada crítica a los sistemas académicos y políticos son cosas a su haber. Como se verá más adelante, hay razones para que la generación más joven desconfíe de las generaciones adultas, por la tendencia de éstas a traicionar sus compromisos iniciales y a detener el progreso real. Por lo tanto, puede ocurrir que en un periodo determinado de la historia los estudiantes se conviertan en censores de la nación, pasando a constituir una antiélite. Este es un buen síntoma de renovación social. El movimiento estudiantil, puesto a trabajar para altos fines sociales, no puede sino brindar buenos dividendos para el mejoramiento de la sociedad.

Ha habido líderes de este grupo intelectual y universitario que han sido verdaderamente rebeldes: no han vacilado en incorporarse a ex-

presiones activistas, como la guerrilla. Han sido tan consecuentes y firmes en sus convicciones que la única manera de detenerlos ha sido por el asesinato o a través de la violencia. Su contribución ha sido enorme como ejemplo y como símbolo. Algunos de ellos serán recordados por largo tiempo como individuos totalmente comprometidos con una causa justa. Por esta razón impresiona ver que sus muertes rara vez hubieran producido no más que revueltas de corta duración. Si éstas fracasaron tan rápidamente después de la muerte, indican que no hubo un arraigo real de las ideas revolucionarias y de la conducta innovadora que predicaban los jefes. Éstos araron la tierra y regaron la semilla de la protesta. Nada más; pero también nada menos.

Por otra parte, el oportunismo, el cinismo y una búsqueda egoísta del poder como un fin en sí mismo y no como medio para servir a la sociedad son algunas de las fallas encontradas en los *políticos* (como también en muchos intelectuales y en algunos rebeldes). Una de las causas principales de que las revoluciones latinoamericanas sean inconclusas y de que tengan resultados ambivalentes ha sido esta clase de liderazgo acomodaticio.

Podría argumentarse que la política es en sí misma oportunista, y que los líderes progresistas que llegan al poder deben tener en su recetario grandes dosis de compromiso y equilibrio para poder sobrevivir. Pero ésta fue precisamente la falla principal de Francisco Madero como líder revolucionario, así como la de otros subversores mexicanos del régimen de Porfirio Díaz. La tendencia a ceder de Madero sólo se equilibró por el compromiso atrevido de Zapata, Villa y otros jefes campesinos. Algo similar ocurrió en las primeras etapas de la revolución boliviana, cuando los campesinos impusieron su voluntad sobre el indeciso liderazgo de La Paz. Lo mismo puede decirse en el presente acerca de los enormes esfuerzos que hacen los líderes progresistas para tener éxito como gobernantes en la América Latina y en otras partes.

En todo caso, debe haber un límite más allá del cual el compromiso político se convierte en traición de ideales. Y esto ha ocurrido con demasiada frecuencia en la América Latina como para permitir que la necesaria subversión prospere. Aún en la actualidad se observan síntomas de ello en la forma como el presidente Belaúnde ha tratado la rebelión de los "termocéfalos" de su partido, políticos que quieren que él regrese a la plataforma izquierdista que fue base de su campaña electoral; se observa lo mismo en la pasividad del presidente Barrientos ante el problema rural de su país, una actitud despreocupada contra la cual protestaron recientemente los obispos bolivianos; tales manio-

bras de refrenamiento pueden verse en el tratamiento que ha hecho el presidente Frei del ala izquierda de su partido demócrata-cristiano.

En forma semejante, importa descubrir que líderes destacados de la izquierda, sean de hecho latifundistas o miembros prominentes de la comunidad financiera. ¿Cuál es el efecto de los factores psicosociales de su temprana socialización en esos medios, y cómo estos factores habrán afectado los procesos políticos en que aquellos líderes se han visto envueltos, como la desbandada de las Ligas Campesinas en el Brasil o el sentido de la alianza socialista en Chile? ¿Cuáles son los imponderables que entran en juego cuando el liderazgo existente no está a la altura necesaria para crear un nuevo orden social, sea debido a la educación que recibió o a algunas de sus conexiones sociales y económicas?

Una mirada hacia atrás a la historia reciente de la América Latina demuestra una cierta tendencia en los líderes rebeldes a buscar la acomodación una vez que han llegado al punto peligroso del no retorno. Este es el proceso de la "captación". Son típicos los casos de las primeras belicosas células comunistas y socialistas formadas en el Perú, Colombia y Venezuela durante la década de 1920, a las que pertenecieron hombres hoy tan notables como Víctor Raúl Haya de la Torre, Alberto Lleras Camargo y Rómulo Betancourt. Sin duda, como anti-élite²⁹ prestaron un servicio útil al retar al *statu quo* y presionar a los partidos tradicionales para que se renovaran y pusieran al día sus prácticas. El impulso de estos grupos se hizo tan fuerte que, de esos años de conflicto y lucha intensa, surgió la subversión más comprensiva de la sociedad local que se hubiera experimentado desde el lustro revolucionario de 1850. Retaron el "sistema" arriesgando mucho y con mucha dignidad, como se ilustra por sus escritos del periodo. Y el "sistema" con razón se preocupó por las condiciones socioeconómicas existentes reveladas por aquellos subversores.

Pero entonces, jugando a la vez con la dinámica de las fuerzas históricas y con las debilidades de la carne, las élites comenzaron a captar a los rebeldes ofreciéndoles buenas posiciones en el "sistema" o dejando que se las tomaran. Una vez allí colocados, los antiguos rebeldes completaron el ciclo de la captación al defender sus nuevas posiciones, y volviéndose entonces enemigos de auspiciar nuevos cambios más profundos.³⁰ ¿Cuánta tensión se evitó en la sociedad por esta captación de antiélites? ¿Fue la captación, favorable o desfavorable para el cambio socioeconómico que se requería? ¿Fueron las tremendas explosiones sociales que siguieron y la aguda "violencia" y las guerrillas de años posteriores, una consecuencia de tal captación? ¿Cuál es, entonces, la responsabilidad de aquellos líderes en impedir el cambio profundo en

lo económico y en lo social en la América Latina y en dejar tras de sí transformaciones inconclusas? Éstas son preguntas sumamente difíciles de contestar, que sólo recientemente han sido objeto de estudio para distintos investigadores. Siguen sin respuesta.

Así, en último análisis se llega a un problema de cultura y personalidad. Si los antropólogos y psicólogos aciertan en este sentido, entonces el ciclo de socialización que produce este tipo de liderazgo captable debe romperse por alguna parte. Este rompimiento puede ser suicida, como ocurrió con el "Che" Guevara y el padre Camilo Torres; puede ser menos dramático para aquellos otros que creen en formas distintas de acción. En la actualidad se vislumbran algunas señales que indican que no se va a continuar indefinidamente con esta clase de liderazgo captable en la América Latina. Aparentemente ya existe un mayor compromiso con los ideales, y hay propósitos más claros entre algunos grupos subversivos. Además, se cuenta con una organización internacional sin precedentes. Esto indica que el ciclo de socialización ha venido desorbitándose desde hace algún tiempo. Pero probablemente debería permanecer en esta extraordinaria condición por lo menos por una generación completa, para comenzar a pagar dividendos en el cambio social y convertirse en elemento estratégico para alcanzar un nuevo orden social. Además, tendrá que contar con un liderazgo de habilidad sobresaliente, con el fin de que los errores y los cálculos equivocados en la estrategia que han ocurrido en esfuerzos subversivos del pasado —y que también han frustrado la revolución— no vuelvan a acaecer.³¹

Si los latinoamericanos —tan sufridos en la perplejidad como yo mismo lo estoy hoy— queremos saber lo que realmente somos y a dónde vamos, probablemente deberíamos continuar preparando a ciencia y paciencia y con todos nuestros recursos aquella estrategia y acción decisivas que prometan construir en nuestro medio una nueva y mejor sociedad. La pregunta que debe hacerse hoy no se refiere ya tanto a la incidencia o a la intensidad del cambio socioeconómico, o a sus etapas de despegue y de autosostenimiento: sabemos que esto no ha producido sino resultados ambiguos y un desarrollo sin rumbos. Ahora el problema toca a la esfera de los valores sociales y morales: cómo definir la *calidad* del cambio que queremos y en qué *dirección* queremos que avance.

La afirmación de la América Latina en el mundo moderno bien pudiera resultar de su voluntad política para anticipar el conflicto con el presente orden social que esa meta implica, y el dar a la lucha inevitable fines constructivos. Así también podría alcanzarse algo de una autorealización regional, consumiendo la perplejidad actual y cesando

aquella búsqueda larga y tormentosa del ser que comenzó en nuestro continente hace más de una centuria.

¹ Para el concepto de "subversión" utilizado en este contexto, véase del autor, *La subversión en Colombia*. Bogotá, 1967); y para una interpretación paralela de la conquista ibérica, R. A. Humphreys, *Tradition and Revolt in Latin America* (Londres, 1965).

² Véase Fals Borda, *La subversión*, capítulos 4, 9 y 10.

³ Para algunas recientes expresiones de esta posición, véanse de Celso Furtado, "Development and Stagnation in Latin America: A Structuralist Approach", *Studies in Comparative International Development*, I, núm. 11 (1965); Ezbert de Vries y José Medina Echavarría (eds.), *Social Aspects of Economic Development in Latin America* (París, 1963). Para una discusión general sobre la idea de la "calidad del cambio", véase Florestan Fernandes, "Atitudes e motivações desfavoráveis ao desenvolvimento", en Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, *Resistências à mudança* (Río de Janeiro, 1960), pp. 219-226. Las referencias a la movilización social y a la participación se derivan de Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires, 1962), pp. 147-162.

⁴ Claudio Veliz (ed.), *Obstacles to Change in Latin America* (Londres, 1965), y también *The Politics of Conformity in Latin America* (Londres, 1967); Seymour M. Lipset y Aldo Solari (eds.), *Elites in Latin America* (Nueva York, 1967).

⁵ Véase ensayo sobre el cambio marginal en volumen del autor de próxima aparición, igualmente para el concepto de "cambio significativo".

⁶ Para una discusión más amplia de estos problemas metodológicos, véase de Orlando Fals Borda, "Ciencia y Compromiso", *Aportes* (París), núm. 8 (Abril, 1968), pp. 118-128.

⁷ Véase entre otros, Philip M. Hauser (ed.), *Urbanization in Latin America* (New York, 1961), especialmente las contribuciones de Andrew Pearce y José Matos; Elsa Usandiza y A. Eugene Havens, *Tres barrios de invasión* (Bogotá, 1966).

⁸ Cf. Pablo González Casanova, *La democracia en México* (México, 1965).

⁹ Emanuel de Kadt, "Religión, the Church, and Social Change in Brazil", en Veliz, *Politics*, p. 204.

¹⁰ E. J. Hobsbawm, "Peasants and Rural Migrants in Politics", en Veliz, *Politics*, p. 65.

¹¹ Véanse los análisis presentados por Charles W. Anderson en su *Politics and Economic Change in Latin America* (Princeton, 1967) y sus conclusiones sobre el "desarrollo ambiguo", pp. 310-353.

¹² Henry A. Landsberger, "The Labor Elite: Is It Revolutionary?", en Lipset y Solari, pp. 264-268. Para un punto de vista complementario (el trabajador como positivo para el cambio), véase de Alain Touraine y Daniel Pécaut, "Conciencia obrera y desarrollo económico en América Latina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. II, núm. 2 (julio, 1966), pp. 150-178.

¹³ Cf. José Luis de Imaz, *Los que mandan* (Buenos Aires, 1964); Aaron Lipman, *El empresario bogotano* (Bogotá, 1964); Fernando Henrique Cardoso, *Empresario industrial e desenvolvimento econômico* (São Paulo, 1964).

¹⁴ Fals Borda, *Subversión*, capítulo 6; François Bourricaud, *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo* (Buenos Aires, 1967).

¹⁵ Stanley R. Ross (ed.), *Is the Mexican Revolution Dead?* (Nueva York, 1966); González Casanova, *op. cit.*; Moisés González Navarro, "México: The Lop-Sided Revolution", en Veliz, *Obstacles*, pp. 226-228. Daniel Cosío Villegas compara la Revolución Mexicana con la Sinfonía Inconclusa de Schubert, en su "The Mexican Left", en Joseph Maier y Richard W. Weatherhead (eds.), *Politics of Change in Latin America* (Stanford, 1964).

¹⁶ Irving L. Horowitz, *Three Worlds of Development* (New York, 1966), Capítulo 9; cf. John J. Johnson, *The Military and Society in Latin America* (Stanford, 1964). Por supuesto, los ejércitos pueden ser importantes para el cambio marginal, como se demuestra en varios países como el Perú, Colombia y Ecuador.

¹⁷ Cf. Willard F. Barber y C. Neale Ronning, *Internal Security and Military Power: Counterinsurgency and Civic Action in Latin America* (Columbus, 1966). Véase la interesante nota, p. 111, en José Nun, "The Middle-Class Military Coup", en Veliz, *Politics*.

¹⁸ Raúl Prebisch, *Nueva política comercial para el desarrollo* (México, 1964).

¹⁹ Aunque se sabe que este proceso ha ocurrido en la mayoría de los países latinoamericanos, no ha sido plenamente documentado. Para el caso de Colombia, véase Fals Borda, *El hombre y la tierra en Boyacá* (Bogotá, 1957); y también su *Campesinos de los Andes* (Bogotá, 1961).

²⁰ Consúltense los ensayos incluidos en Óscar Delgado (ed.), *Reformas agrarias en la América Latina* (México, 1965).

²¹ Véase la espléndida colección preparada por el Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, Washington, 1965-67; también, Solon L. Barraclough y Arthur L. Domike, "La estructura agraria en siete países de América Latina", *El Trimestre Económico* (México), vol. xxxiii, núm. 130, pp. 235-301.

²² Entre otros, Cosío Villegas, pp. 131-132; Edmundo Flores. *Tratado de economía agrícola* (México, 1961). Aun en las áreas de mayor éxito desde el punto de vista económico, como en La Laguna, la participación social y los procesos democráticos no han florecido plenamente; véase de Clarence Senior, *Land Reform and Democracy* (Gainesville, 1959).

²³ Cf. Aníbal Quijano Obregón, "Contemporary Peasant Movements", en Lipset y Solari, p. 334; Richard W. Patch, "Bolivia: The Restrained Revolution", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, núm. 334 (1961), pp. 123-132.

²⁴ Estas notas están basadas en la propia experiencia y observación del autor. Pueden encontrarse indicaciones pertinentes en estudios tales como el de J. A. Silva Michelena, "Factores que dificultan o han impedido la reforma agraria en Venezuela", en Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, p. 141; Emilio Willems, *El cambio cultural dirigido* (Bogotá, Facultad de Sociología, 1963); T. Lynn Smith, *The Process of Rural Development in Latin America* (University of Florida Monographs, Social Science, núm. 33, 1967), pp. 76-79; Balden Paulson, *Difficulties and Prospects for Community Development in North-east Brazil* (Madison, Land Tenure Center, 1964).

²⁵ Fals Borda, *Subversión*, capítulo 9; cf. Darcy Ribeiro, "Universities and Social Development", en Lipset y Solari, p. 377.

²⁶ Sergio Bagú, *Acusación y defensa del intelectual* (Buenos Aires, 1959); J. P. Harrison, "The Role of the Intellectual in Fomenting Change: The University", en J. J. Tepaske y S. N. Fisher (eds.), *Explosive Forces in Latin America* (Columbus, 1964); Ribeiro, pp. 379-380.

²⁷ K. H. Silvert, "The University Students", en John J. Johnson, *Continuity and Change in Latin America* (Stanford, 1964); Robert C. Williamson, *El estudiante colombiano y sus actitudes* (Bogotá, 1962); Aldo Solari, ed., "Estudiantes y Política", *Aportes*, núm. 5 (1967).

²⁸ Frank Bonilla, "Cultural Elites", en Lipset y Solari, pp. 249-251. Véase, para una perspectiva contraria, Alistair Hennessy, "University Students in National Politics", en Veliz, *Politics*, pp. 119-157.

²⁹ Véase el ensayo sobre las antiélites en este volumen; cf. Fals Borda, *La Subversión*, Apéndice B.

³⁰ *Ibid.*, capítulo 7; cf. Stanislaw Andreski, *Parasitism and Subversion: The Case of Latin America* (Londres, 1966), pp. 232-243.

³¹ *Ibid.*, capítulo 9.